

ría la insurrección del 29); el papel de las mujeres en la organización y la vida del PSR (de hecho, se puede decir que, sin ser un libro feminista, hace visible a la mujer en una dimensión que sólo se le reconocía a María Cano); y la vida cotidiana de las organizaciones obreras y socialistas de esos años, apoyadas en grupos de amistad y casi de familia extensa (Tomás era primo de Heredia y de María Cano, quien a su vez era prima de Luis Tejada; Tomás mismo estuvo emparentado con los Cuéllar y así podríamos seguir).



Pero la importancia del libro de Tila no está solamente en el contenido; también radica en el uso novedoso de los métodos históricos. Como dije al principio, no es ella una historiadora profesional y, sin embargo, incursiona en la disciplina con tal maestría, que la hace una verdadera autodidacta no sólo en menesteres educativos sino de las ciencias sociales. Me refiero al intento de hacer una reconstrucción no individual sino grupal, cercana a las propuestas anglosajonas de prosopografía o del estilo narrativo lleno de anécdotas y de un fino humor —no muy común en los adustos libros de historia— que hace no sólo ameno el texto sino más cercano a nuestras historias cotidianas. Tila, sin mucho alarde teórico, se mete por los vericuetos de la cultura tocando una de las temáticas que más novedad le han traído a la historiografía. Por todo ello no es cualquier reconstrucción la que nos ofrece: se trata de una obra renovadora por su contenido —convirtiéndose en una de las mejores historias del Socialismo Revolucionario—, pero también por los métodos usados —salvo pequeñas imprecisiones y descuidos

fácilmente corregibles—, que la colocan en la punta de los procedimientos historiográficos. Por ello estoy seguro de que los lectores disfrutarán *Los años escondidos* y aprenderán mucho, reconociendo de paso el papel que alguien olvidado, como lo fue Tomás Uribe Márquez, desempeñó en la Colombia de los años veinte. La misión de Tila está cumplida, y este parto no fue en vano.

MAURICIO ARCHILA N.

Tortuosas humoradas

Historias detrás de la historia de Colombia. Escándalos, rumores y anécdotas sobre protagonistas y episodios nacionales

Eduardo Lemaitre

Editorial Planeta, Colección Memoria de la Historia, Santafé de Bogotá, 1994, 274 págs.

De Quincey escribió que la historia es una disciplina infinita, o al menos indefinida, ya que los mismos hechos pueden combinarse o interpretarse de diversos modos, lo que implica que un texto histórico que recoja las voces de cronistas y viajeros sólo podrá aportar de novedoso la interpretación particular de los sucesos efectuada por su compilador.



El gran reto del historiador, por tanto, ha de ser el de apreciar los hechos de manera imparcial y narrarlos de forma objetiva, dejando al lector la posi-

bilidad de evaluarlos y sacar sus propias conclusiones. Si logra realizar con éxito esta misión, su obra quizá pueda salvarse, pero si cae en el maniqueísmo o se parcializa, irá rumbo al fracaso y será pronto condenada al olvido.

Historias detrás de la historia de Colombia de Eduardo Lemaitre es, como tantos libros de su género, una apretada colección de viñetas que, en forma de artículos periodísticos, nos llevan del descubrimiento a la república, rescatando algunas páginas soterradas de nuestra historia.

Este relato podría resultar interesante, simpático y hasta revelador, si permitiera a los cronistas y viajeros de la época transmitirnos el asombro y perplejidad que les suscitara el nuevo mundo. Pero afectado por lo anecdótico, la pintoresco y lo trivial, termina por adquirir un tono chascarrillero que trunca las alas de la imaginación y degrada a lo banal la gran saga americana.

Un maniqueísmo de civilización y barbarie rige las páginas de *Historias detrás de la historia de Colombia*, en el que los indios en general, y los caribes en particular, son presentados como una horda de antropófagos, sodomitas y desvergonzados, que no dejó una sola muestra de su cultura que valga la pena, mientras que los hijos de Castilla —hombres barbados y de pelo en pecho—, son los portadores de la civilización, representantes de “una cultura infinitamente superior en todos los aspectos”.

El historiador cartagenero, influenciado quizá por las lecturas de Iriarte y Samaniego, organiza los breves episodios de su relato a manera de fábulas didácticas que, introducidas con una cita equivalente al clásico “había una vez” y concluidas con el no menos trivial “colorín colorado”, le sirven para enseñarnos una moraleja de amor al poderoso y desprecio al débil, la cual justifica, al mejor modo eugenésico, el triunfo del primero y la desaparición del último como una ley inexorable de la vida.

“Nuestros abuelos paternos practicaban la antropofagia. Este es un hecho positivo, sobre el que están de acuerdo todos los cronistas de la época y hasta Humboldt, que nos visitó 200 años después de la conquista; pero no antropófagos ordinarios, sino con refinamien-

tos de *gourmet*, pues, según consta, primero capaban a sus prisioneros, luego los engordaban y finalmente se los comían asados, presumiblemente a la barbacoa [...] Según cuenta fray Pedro Simón, los indios muzos (que también eran caribes, como los pijaos) venían muy sí señores a tomar tranquilamente a los pacíficos indios moscas (muiscas o chibchas) que necesitaban para comer, ni más ni menos que como quien saca carneros de una manada. O sea que, si no llegan los españoles a tiempo, y les dan su merecido, no queda ni un chibcha”.

Lo más deplorable quizá en el estilo ahipado y cojitranco con que el señor Lemaitre nos lleva a los barquinazos por las páginas de nuestra historia, es su sentido del humor, burdo, prejuiciado y chocarrero, en el que nos revela con toda claridad su desprecio por el indio, el negro, las mujeres y los homosexuales, a quienes considera como débiles, pusilánimes y sumisos, en fin, dignos responsables de su desgracia. Las tortuosas humoradas del señor Lemaitre funcionan como *leitmotiv* en su relato y encierran, como grotescos paréntesis, cada uno de los episodios de su libro.



Un pasaje sobre la sodomía entre los caribes, narrado por Fernández de Oviedo, es introducido por Lemaitre de la siguiente manera: “No menos detestable para esos hombres barbados y de pelo en pecho que eran los conquistadores les pareció a Oviedo y a sus compañeros el homosexualismo que se practicaba entre nuestros abuelos (diré mejor entre nuestros tíos)” y luego de hacer que Fernández de Oviedo nos cuente la forma enérgica como el go-

bernador don Pedro de Heredia reprimió en su tiempo la “nefanda sodomía”, añade el siguiente colofón de su cosecha: “Con lo que se demuestra, claramente, que el ñato Heredia no respetaba, ni por semejas, la dignidad ni los derechos humanos, como sí lo hace por ejemplo el presidente Clinton, insigne protector de los maricas, dicho sea con todo el respeto; y que el señor Oviedo estaba muy atrasado en sus ideas”.

La inauguración en Cartagena del monumento a la india Catalina, efectuado durante el período en que el señor Lemaitre era presidente de la Academia de Historia de esa ciudad, es introducido por su pluma de la siguiente manera: “Se ha erigido recientemente en Cartagena una estatua a la india Catalina; y como ya en la prensa nacional empezaron a aparecer fotografías del monumento, algunas con acompañamiento de damas tan desnudas como aquella, bueno es que hablemos hoy de ese personaje”, para luego anotar que si Catalina merece o no un monumento, es algo que depende del cristal con que se mire, porque para “la gavilla que ya sabemos”, esta mujer que se prestó a ayudar a Heredia en su expedición conquistadora, no pasa de ser una “cerda colaboracionista aliada del imperialismo”, mientras que para personas como él, “que no ven las cosas históricas bajo la lente aberrante de la política”, en Catalina “puede justamente rendírsele homenaje —y así se ha hecho— a la raza india, que felizmente terminó aceptando y adaptándose a las realidades de una civilización infinitamente superior, por todos aspectos”. Y agrega, a manera de puntillazo, la siguiente inquietud que desasosiega su espíritu: “Porque, ¿qué tal que estuviéramos todavía tirando flechas y comiéndonos los unos a los otros, físicamente?”.

La mojigatería y puerilidad del señor Lemaitre llega a extremos inconcebibles cuando se atreve a hacer mofa de la forma como vestían nuestros aborígenes, y después de anotar que según Juan de Castellanos y Fernández de Oviedo las indias de Galerazamba (tribu de donde provenía Catalina), solían andar incluso con las “partes impudentes” al aire y los hombres apenas si ocultaban el miembro viril en canutos

de oro o caracoles, propone con su inefable chocarrería que “ahora que tanto se habla de ‘moda colombiana’ [...] algún modista nacional debería lanzar un modelo masculino, especial para estrenarlo en el próximo concurso de belleza [...] de modo que los jurados calificadores salgan a pares con las candidatas, que para ese tiempo andan por acá más patentes y abiertas que las parientas de la india Catalina”.

Consecuente con el maniqueísmo civilización-barbarie, poderoso-débil, conquistador-conquistado, que rige su obra, Eduardo Lemaitre, en su dilatado periplo del descubrimiento a la conquista, nos presenta una particularísima visión de la historia en la que, basándose en estudios de Tuberville, la Inquisición aparece como una institución que, si bien pudo haber sido cruel, se debió más que todo al alto sentido del cumplimiento del deber que tenían sus lictores, que a la perversidad de los mismos. Y, por el contrario, el padre De Las Casas, de acuerdo con Menéndez Pidal, aparece como: “un paranoico atormentado por un monoideísmo fijo y obsesivo” que, según Lemaitre, lo mantuvo botando espumarajos por la boca durante 50 años, empeñado en demostrar que todo lo que habían hecho los españoles desde Colón hasta la época era malo, mientras que los indios antropófagos, como los caribes y los aztecas, eran mansas palomas.



Fiel a su empeño por desinfamizar la historia, Eduardo Lemaitre no sólo se limita a reinterpretarla, sino que —obcecado y monotemático como el mismísimo De Las Casas— se obstina en transmitirnos sus prejuicios de clase, llegando incluso a justificar el

uso de la violencia con tal de preservar las instituciones y mantener a raya a la plebe.

Al hacer referencia al aciago pasaje de las Bananeras, nos señala que, de acuerdo con el revelador estudio de "el gran político liberal Pedro Juan Navarro", Cortés Vargas, jefe militar de las tropas gubernamentales que masacraron a los huelguistas de la United Fruit Company, era, a diferencia de lo que muchos han creído, "un militar civilizado, y además un intelectual, que llegó a ser Académico de la Historia", y a quien simplemente le tocó en suerte ejecutar "una represión obligada y necesaria, pero excesiva", para luego añadir que esta "página tenebrosa de nuestra historia contemporánea debe servirnos de lección para impedir severamente la prédica comunista, enemiga del concepto de Patria".



Finalmente, y como para sellar con broche de oro su amor por quien ostenta la vara del poder, nuestro historiador concluye su capítulo sobre la república con un vergonzoso ditirambo acompañado de hurras y vítores al presidente Turbay Ayala, quien con su estatuto de seguridad ha sabido dar al país "un ejemplo de ponderación y de prudencia, dos virtudes que son el pedestal de la respetabilidad".

El hombre de letras, escribió Borges, "ha de ser una especie de gran dios insondable, capaz de comprender a todos los seres, sin descender jamás a la mera política, que discrimina y que condena", principio lamentablemente pretermitido por este libro, en el que el autor, con el pensamiento amurallado como el tiempo en las paredes de su antigua

ciudad, nos trae una visión anquilosada, fragmentaria y clasista de la historia, que poco o nada aporta a la comprensión de nuestra realidad, surgida del mestizaje, la cual debe tender cada vez más hacia el respeto por el otro, hacia la aceptación de nuestras diferencias.

SAMUEL SERRANO S.

Las calles perduran

Las casas que hablan. Guía histórica del barrio de La Candelaria de Santafé de Bogotá

Elisa Mújica

Biblioteca Nacional de Colombia-Corporación La Candelaria-Colcultura, 198 págs.

Se necesita mucho amor para reconstruir, con base en la memoria y documentos históricos, un sitio específico dentro del cual nos hemos movido durante algunos años. Y es esta circunstancia, precisamente, la que ha llevado a Elisa Mújica a escribir su libro *Las casas que hablan*. Por ese amor nos conduce hacia todos y cada uno de los vericuetos de lo que hasta el momento se conoce como Bogotá antigua, lugar de su fundación, y que hoy configura el barrio de *La Candelaria*.

Hace algunos años visité en varias ocasiones la calle Doce, donde vivía entonces Elisa Mújica. Aquellas visitas me ayudaron no sólo a conocer de cerca a la escritora disciplinada, profundamente enterada de los avatares de la literatura y con una presencia que ya es duradera en la cultura colombiana, sino también su casa, ejemplo de conservación y de belleza colonial.

Durante muchos años vivió Elisa en La Candelaria. La recorrió con la seguridad de quien habita un sitio que le pertenece y lo grabó en su memoria como parte de sus experiencias más gratas. Su afecto por estas calles y estas casas no la limitó al recorrido cotidiano sino que la llevó a escudriñar en libros de diferentes épocas las anécdotas, las historias trágicas, los chismes amorosos y las biografías de los perso-

najes que perfilaron bajo sus techos los principios de nuestra nacionalidad.

[...] Pero el general Caicedo la cedió a otro general y además héroe, Juan José Neira, que acababa de obtener el triunfo en una batalla decisiva para liberar a la ciudad de caer en manos de los enemigos del gobierno. Gravemente herido en el combate, Neira falleció allí, acompañado del dolor de los bogotanos que le amaban por su valor e hidalguía, demostrados desde la guerra de la Independencia. Parece que por añadidura poseía una extraordinaria hermosura juvenil. El día del entierro, las enlutadas calles de los alrededores de la plazuela presenciaron el inusitado espectáculo de muchas señoras que disputaban a los caballeros el honor de cargar el ataúd. [pág. 87]

En ese minucioso escrutinio se asomó a documentos tan importantes como *Leyendas históricas*, de Manuel José Forero; *Papel periódico ilustrado*; *Crónicas de Bogotá*, de Pedro M. Ibáñez; *Croniquillas de mi ciudad*, de Luis María Mora; *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, de J. M. Cordovez Moure, entre otros, referenciados con acierto y oportunidad a lo largo de su libro.

Con un lenguaje claro y preciso, Elisa Mújica nos conduce por las estancias coloniales y nos hace revivir el tiempo en que la vida trajinaba por sus patios empedrados y sus pisos de madera. Y es evidente que la vida palpita en las páginas del libro, ilustradas con acierto por Daniel Rabanal, y nos invita a mirar con otros ojos esas paredes, balcones y cornisas que hoy continúan su desafío al paso del tiempo y al acecho de las modas arquitectónicas.

En la tienda de Llorente, como en las demás de la misma calle, se vendían desde paños, terciopelos, bayetas, hebillas, lienzo, holandas y muselinas, hasta cigarros y rapé, especias, vinos, aceites, loza, cuerdas traídas de Cataluña, papel de escribir, agujas, novenas y medallas de santos. Muchos de los viejos clientes, que